

Extraña fué la muerte de María Eulalia, la tejedora enferma. Tenía la telaraña extendida sobre su cara enjuta, y los combados dedos de sus manos, como prolongación de ella, salían por entre el tejido amenazantes, semejando tentáculos voraces próximos a extraer la sangre de la presa desgraciada. Su cara aparecía voraz, los finos labios contraídos como si chuparan quién sabe que esencia transformadora; los ojos enormemente abiertos miraban azorados y se perdía la mirada entre los pliegues sedosos del encaje.

En la mañana siguiente los niños de la vecindad formaban coros y daban celebrando la llegada del Niño Dios. Pasan en alboroto frente a la casa de Eulalia y encontrando puertas y ventanas cerradas, suenan tambores, pitos, cornetas, amontonan en la grada de piedra carretoncillos, caballos, muñecos, gritan y viven al Niño Dios. Y como nadie responde exclaman a coro: «Despiértense perezosas, levántense perezosas, ya vino el Niño Dios».

OCTAVIO JIMÉNEZ

DE NUEVO MENSAJERO...

EN el umbral magnífico del cielo, con aire humilde y pobremente vestido, el Niño Dios se detiene un momento a repasar el programa que habrá de desarrollarse en este nuevo descenso a la vida de los hombres. La voz del Padre Eterno, desde adentro, se oye cariñosa.

—¿Has meditado bien tu misión? ¿Comprendes mi designio?

—Sí, padre mío. En la alforja llevo mi plan perfectamente ordenado. De esta vez no fracasaré como en la otra. Entonces fui demasiado ingenuo y confié en la buena pasta del hombre. Creía que ya la humanidad, en su lento ascenso, había aprendido lo bastante para preferir la senda de amor que le mostraba yo a la que transitaba ella, toda llena de dolor. Pero mi doctrina fué pasto de malvados que la prostituyeron y la hicieron ridícula y apenas si germinó en una minoría, selecta es cierto, mas reducida.

—Fuiste demasiado visionario y por eso no presentaste tal vez todas las razones que convencieran a los hombres a seguirte y que además de convencerles, los obligaran a seguirte. Al hombre tal como lo concebiste, sin resabios de maldad, la doctrina tal como la predicaste; pero al hombre tal como es, mezcla de barro y de estrella, una cadena de rosas que lleve oculta tras el perfume y el color, la férrea voluntad que lo enderece al bien.

—Ay! es verdad. Dura experiencia de veinte siglos tengo. Dos mil años con la eterna esperanza de ver el triunfo de los hombres buenos sobre la parte mala de ellos mismos, esperanza que no se realiza del modo que yo lo concebía cuando morí por ellos en la flor de la edad. Veo que mi sacrificio debe renovarse, que debo volver a padecer la nueva cruzada de la humanidad. Ahora, en este momento que he elegido como el más propicio, dado el deseo vehemente de renovación que se agita entre los humanos, debo recomenzarlo todo: desde la lucha por

destruir la falsa interpretación que se ha dado a mi palabra—todavía fresca para el que puede oírme—hasta la lucha para construir lo nuevo sobre las bases eternas de la conciencia terrenal, siempre ansiosa de perfección y enferma de vehemencia y arrebató. Todo será nuevo en mí. Tengo a mi orden las fábulas de la antigüedad hoy hechas realidades: la página inmensa del libro, la rapidez del rayo bajo las manos de los hombres y obediente a su voluntad, las nuevas ideas. Iré a mostrarles cuál debe ser su actitud para remediar la necesidad de *algo nuevo* que todos sienten sin precisar lo ninguno. Oh sí, padre, tengo mi plan, tengo mi plan; trabajaré por la *humanocracia*. De esta vez,—todo está calculado—serán una realidad el amor, la alegría y el compañerismo. Y una vez que se implante ese bien, fruto de mi corazón y mi desvelo, los hombres no tendrán otro ídolo que adorar, sino que amarán tu fuerza espiritual y sin forma.

A estas palabras el Niño Dios se había transfigurado, había dejado su forma infantil y humilde y se parecía ahora extraordinariamente a uno de esos hombres energía y talento que de mendigos se elevan a poderosos millonarios; sobre ellos tenía el Hijo de Dios su bondadoso corazón y su inteligencia clara y profunda. Luego continuó:

—He vacilado mucho antes de elegir la investidura masculina que llevo. Comprenden ya los hombres el valor de la mujer en el mejoramiento de la humanidad y ellas se conquistan cada día nuevos derechos. Y la obra debe comenzarse por ahí, por colocar a la mujer en su puesto altísimo, ya esposa, madre o hija del hombre. Ya están viendo ellos la superioridad, pero aún están muy infatuados. Iré a la tierra como varón, porque fué el primer humano que pusiste, Padre mío, en la tierra con la sagrada inquietud de civilización, pero seré un varón que predique la exaltación de la mujer a la par de la exaltación de la fe, de la

bondad y del amor, tres cualidades que poseen las mujeres en mayor grado que la mayoría de los hombres. La humanidad espera su redención por las mujeres...

Mientras hablaba, volvía a su primera figura de infante pobremente vestido. El viento del cielo movía sus bucles dorados y difundía por el mundo un suave aroma de frescura, de paz, de esperanza.

—He mirado atentamente el mundo; veo sus dolores y oigo sus gritos. Comprendo su odio y siento que pesan sobre mi corazón las guerras, las torturas, las felonías y las impiedades de los pueblos. Y bien sé que si no aprovecho la rudeza de la lección de que comienza en este momento a salir para despertarlos y hacerlos ver su porvenir, para elevarlos y ennoblecerlos, talvez tendría que esperar mucho antes de poder volver a la Tierra. La memoria de los hombres es demasiado fugaz y pronto olvida los tormentos y los beneficios recibidos. Si este momento no se aprovecha para organizar el mundo sobre nuevas bases, la ocasión será perdida y el sacrificio hecho, inútil!

—Hijo, estoy complacido de tu labor futura, así como fué grata a mí tu labor pasada. Mas, ¿cómo piensas vivir entre los hombres?

—Ya lo tengo meditado. Apareceré en la figura de un desconocido cualquiera, de esos de quienes no se sabe ni dónde ni cuándo nacieron, ni de quién nacieron. De allí llegaré a las más altas cumbres humanas, dejando tras de mí el ejemplo. Despertaré la admiración, como en Galilea, por mi vida pura y por mi incansable aliento de esperanza, vigorizante y comunicativo. Y predicaré y serán mis armas la belleza, la razón y el ideal. Libros, conferencias, ejemplos, mis obras. Y para nacer escogí la región que centra la humanidad en estos momentos, allí donde se han encontrado las fuerzas espirituales y las bélicas de los pueblos para destruirse o ayudarse según los casos, el sitio mismo de la hecatombe que aterró el orbe y en donde aún tienen todos los ojos puestos: la Bélgica.

Comienzo ya mi labor; pero como aún no está el mundo en condiciones de recibirme, iré jugando por el cielo estrellado como verdadero niño que soy, mientras las cosas de allá abajo se preparan para acoger la buena nueva.

—Yo te bendigo, Hijo de mi corazón. Tu misión será fecunda!

Aquella tarde el ocaso fué una maravilla que asombró los hombres por su magnificencia. En el aire de la noche siete estrellas nuevas, maravillosas, aparecieron. La luz de la luna comenzó a filtrarse en las almas y a poner allí una dulzura desconocida hasta enton-